

—Le pagaré a usted bien.

—Aunque me diese su merced lo que me diese. La fiesta de Ixtacalco es «retemucho» mejor que la de Culhuacán, y yo, aunque en verdad que «quero» ganar, «quero» también divertirme.

—Y ¿no sabe usted si habrá algún canoero que me quiera llevar?

—Puede. ¿Por qué no va su merced al pueblo y pregunta en los «jacales» si hay alguno que lo «quera» llevar?

Nuestro joven tomó el consejo del remero, y saltó a tierra con objeto de buscar quien le llevase al pueblo que anhelaba.

Ixtacalco, ese pueblo de indios que conserva todavía su primitiva fisonomía, y que se deriva de las palabras «Ixtla calli», que significan «casa blanca», presentaba en esos instantes un aspecto sencillo y risueño.

Sus calles en que no se ven otros edificios que las humildes chozas de los indios, se veían llenas de arcos de vistosas flores, cogidas de las pintorescas chinampas que embellecen aquel antiguo pueblo, cuya agricultura tanto llamó la atención de Hernán Cortés y de sus valientes soldados.

La torre de la iglesia se veía adornada de vistosos gallardetes de variados colores, y la puerta y el atrio, de grandes amapolas rojas y amarillas, que daban al conjunto un aspecto agradable.

Aun era muy temprano, y la gente se paseaba por todas partes esperando la hora de la función.

Los vendedores de naranjas, de agua de limón, los rosquilleros y los dulceros, atronaban el aire pregonando sus mercancías.

La alegría era general.

Sólo nuestro joven marchaba triste y meditabundo por en medio de aquella multitud, que no pensaba más que en gozar.

Había entrado en varias chozas, y no había podido encontrar quien quisiera llevarle a Culhuacán.

—¿«Quere» ir su merced a las chinampas?—le preguntó al llegar al extremo del pueblo, un indio que se ocupaba en hacer coronas de flores con su familia a la puerta de su choza.

—No; lo que le agradecería a usted es que se dignase llevarme a Culhuacán.

—¡A Culhuacán!... Imposible. Si «juera» otro día...

—¡Otro día!... ¡Otro día!...—exclamó con acento melancólico el joven—. ¡Ah!... ¡Otro día acaso no estará el padre Enrique!

—¿El padre Enrique, dice su merced?—preguntó el indio, suspendiendo su trabajo.

—Sí, el Padre Enrique, a quien me interesa verle hoy mismo.

—Vamos, señor amo—dijo el indio, levantándose de donde estaba sentado—; si es para ver al Padre Enrique, no hay «oservación» que hacer; voy a llevar a su merced; es un «padrecito a quen» debemos mucho todos los «naturales». En la fisonomía del joven brilló la alegría.

—¡Ah!... Gracias, gracias—exclamó—; corramos, pues, ya que usted se digna conducirme.

—Vamos, señor amo.

Y el indio, diciendo a su interlocutor que le siguiera, se dirigió por en medio del gentío al embarcadero; desató una canoa que estaba atracada al tronco de un árbol, entró en ella con el joven, y poco después remaba con indecible brío con dirección a Culhuacán.

Pero, en tanto que el uno, profundamente abismado en sus meditaciones y el otro remando con ahinco, se dirigen a ver al padre Enrique, escuchando a lo lejos el rumor de la fiesta, penetremos al sitio en que aquel digno sacerdote se encontraba en ese mismo momento.

## CAPITULO XV

### El Padre Enrique

Estamos en una pieza sencilla, donde no se veía ninguno de esos muebles y adornos que el hombre ha inventado para ostentar un lujo deslumbrador, que halaga los sentimientos y proporciona al cuerpo los regalos que le quitan su actividad y su fuerza, que le debilitan y le enervan.

En la pieza que nos ocupa, sólo se veía una mesa de cedro, encima de la cual se descubría un Santo Cristo en el momento augusto de expirar; escultura, si no de gran mérito, de buenas proporciones, que despertaba en el alma sentimientos cristianos y piadosos; un breviario de pasta de cuero, con broches de latón, y una Biblia; en un rincón del cuarto se hallaba una humilde tarima de pino blanco, sin colchón ni sábanas, que ostentaba por almohada un grueso tronco de roble. A la cabecera de este duro lecho, y colgado

en la pared, se descubría otro Santo Cristo y una pilita de tosco barro, llena de agua bendita; junto a la mesa, pero en uno de sus costados, estaba un sillón de nogal, de brazos, con respaldo de baqueta y asiento de lo mismo, que indicaba su antigüedad y la modestia del que mandó hacerlo.

En esa pieza no se veía ni cielorraso en el techo, ni alfombra en su pavimento.

En sus blancas paredes, en vez de lujosos cuadros, sólo se descubrían algunas estampas, representando las imágenes de algunos santos.

En este humilde cuarto, que representaba la negación de todos los goces materiales, se veía de rodillas, junto a la mesa, y fijos sus ojos en el Santo Cristo, un modesto sacerdote, en cuyo apacible semblante se retrataba la piedad y la ardiente fe cristiana.

Su edad sería como de cuarenta y cuatro años, esbelto su cuerpo, hermoso y varonil su rostro, arrogante su figura.

En sus hermosos ojos, sembrados por largas pestañas, brillaba la luz de la inteligencia, a la vez que la mansedumbre y la caridad. En su espaciosa frente se leía el fondo de una alma angelical, y en su poética cabeza, velada por suave y finísimo cabello, el talento y la dignidad.

Bajo el modesto traje de sacerdote, se adivinaba un cuerpo esbelto y lleno de gracia, que hubiera envidiado el más elegante joven. Pero aquellas gracias naturales con que le había favorecido el cielo, no lisonjeaban su alma, entregada toda entera a la devoción y al amor de Dios.

Ocupado su corazón con la idea de la Divinidad, y mirando el mundo como la cárcel en que gime el espíritu, su mente se elevaba en aquel instante hasta el trono del Señor, y sus labios se movían pronunciando estas palabras, del libro de los Salmos:

«Ponme por ley, Señor, el camino de tus justificaciones, y lo inquiriré siempre.

«Dame tu entendimiento, y escudriñaré tu ley, y la guardaré de todo mi corazón.

«Guíame a la senda de tus mandamientos, porque esa quise.

«Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia.

«Aparta mis ojos, que no vean la vanidad; en tu camino dame vida.

«Haz firme en tu siervo tu palabra, mediante tu temor.

«Corta el oprobio mío que he sospechado, porque tus juicios son agradables.

«Mira que yo he codiciado tus mandamientos; haz que yo viva en tu justicia.

«Y venga sobre mí tu misericordia, Señor; tu salud según tu palabra.»

Y al pronunciar esto, sus ojos estaban fijos en el Crucificado, y sus lágrimas corrían en abundancia, humedeciendo sus mejillas.

Así, en religioso éxtasis, permaneció un largo rato entregado todo a Dios y al Cielo. De repente su frente se nubló como asaltado por una idea funesta.

En su semblante se operó un cambio terrible, y en su mirada se pintó el espanto y el terror.

Parecía querer alejar de sí algún horrible pensamiento que pretendía introducirse en su corazón.

Entonces volvió de nuevo a Dios los ojos, y exclamó con el Salmo XXXI:

«Inclina tu oído a mí; apresúrate a librarme. Sé para mí un Dios protector, y una casa de refugio, para que me haga salvo.

«Porque tú eres mi fortaleza, y mi refugio; y por causa de tu nombre me guiarás y me sustentarás.

«Me sacarás de este lazo que han escondido para mí; porque tú eres mi protector.

«En tus manos encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, Señor, Dios de la verdad.

«Aborreces a los que observan vanidades inútiles. Mas yo en el Señor esperé.

«Me regocijaré y alegraré en tu misericordia. Porque miraste mi abatimiento, salvaste de angustias a mi alma.

«Y no me encerraste en las manos del enemigo; pusiste en lugar ancho mis pies.

«Ten misericordia de mí, Señor, que estoy atribulado; conturbado está con el pesar mi ojo, mi alma.»

Unos golpes dados a la puerta de la pieza vino a interrumpir aquella oración.

Poco después se escuchó la voz de un hombre, que decía desde fuera:

—Padre Enrique, buenos días. ¿Se puede entrar?

El sacerdote se levantó del suelo, se enjugó las lágrimas, y serenándose cuanto le fué posible, contestó:

—Adelante.

La puerta se abrió entonces, dando entrada a un hombre que vestía el traje de la gente del campo, llamada «ranchera».

Rica botonadura de plata adornaba sus lujosas calzone-

ras de paño azul celeste, que estaban sostenidas por un precioso ceñidor de seda carmesí, bordado de colores; una chaqueta con alamares de plata, que llevaba sin abrochar, dejaba ver un chaleco de seda claro, con flores verdes y encarnadas, y una camisa finísima y muy bordada, en cuya pechera se ostentaba un fino y grande alfiler, con una rica piedra, pero tosco y charro. Sobre sus hombros llevaba una lujosa «manga» morada, con «dragona» bordada de oro, y orlada toda aquélla con un ancho galón del mismo metal.

Al entrar se quitó el sombrero, de inmensas alas, cubiertas de ancha cinta de oro, y acercándose con profundo respeto al sacerdote, le besó la mano.

—¿Qué tal se ha descansado, Pablo?

—«Perfeitamente», padrecito.

—Me alegro.

—Como no tengo que discurrir como el rey «Salmón», ni me inquietan los cuidados que don Sopas, como decía mi antiguo amo don Miguel...

—Diría Salomón y don Opas.

—Pues «ansina» lo dije.

—Muy bien.

—Y, por fin, ¿qué ha resuelto su merced, padrecito? ¿Se va su merced a Texcoco conmigo, para bendecir la capilla de mi «rancho»? Ya sabe su merced que sólo he venido con ese «oijeto», y que al no encontrarle a su merced aquí, porque le habían llamado para arreglar a dos que se están «peliando» por un ranchito, en que le han escogido a su merced para «ábitro», me he venido, como le dije a su merced, anoche, a rogarle que se vaya a bendecir mi capilla.

—Si fuese sólo para bendecir la capilla, iría con mucho gusto, pero como allí se encuentra Miguel con...

—«Más mejor» para su merced, porque de paso verá a su antiguo amigo y a su esposa María, que le esperan con impaciencia.

—¡No, no!... ¡Imposible! Ya te he dicho, Pablo, que yo no puedo ver a María—dijo el sacerdote, estremeciéndose al pronunciar aquel nombre.

—¿Se mostrará su merced «polinario», cuando sólo han venido de Guadalajara por ver a su merced?

—¡Oh!... Yo les agradezco mucho..., pero no; ¡no puede ser!...

—Y ¿cómo me «güelvo» sin su merced, padrecito? Dirán que no he formado empeño; y Dios sabe que por servir a mi antiguo amo don Miguel, daría la vida.

—Pues en lo que pides, es imposible que le sirvas.

—Pero, ¿por qué, padrecito? ¿No iba su merced con frecuencia a verle cuando era su merced «melitar»?

—Sí, Pablo; cuando yo era militar no había hecho sagrados votos, que hoy me veo obligado a cumplir.

—Pero yo creo que por ir a ver a una familia a quien apreciamos, y nos aprecia, no se falta a los deberes con Dios.

—Cierto que no, Pablo. Un sacerdote puede muy bien visitar a sus amigos, y ser un fiel ministro de Dios; no excluye una cosa a la otra.

—Pues, entonces...

—Pero en mi resolución, Pablo, existe otro motivo.

—¿Cuál?

—Un motivo que jamás deben ya pronunciar mis labios para no despertar recuerdos que deben estar muertos para siempre en mi memoria.

—¿Es el que su merced, cuando aun no se había consagrado al servicio de Dios, cuando podía disponer de su corazón y era libre como lo era la señorita María...?

—Silencio, Pablo..., silencio.

—Pero...

—No evoquemos recuerdos de otros tiempos que pasaron para siempre. Vete a divertir. ¿No oyes el ruido de los cohetes, el repique de las campanas, que celebran la fiesta de hoy?... Anda; vete a gozar de la animación que reina en el pueblo; ve, déjame por un instante solo. He sido llamado para servir de árbitro en las diferencias de dos antiguos amigos, sobre los lindes de un «rancho», y tengo que meditar la manera de avenirlos.

—Pero, ¿me promete su merced, padrecito, ir conmigo a Texcoco?

—Veremos, veremos; por ahora ve a disfrutar de la función que se celebra en la iglesia.

Y Pablo salió de la estancia, y el virtuoso sacerdote, volviendo a caer de rodillas, pronunció con fervor éstas palabras del salmista, dirigiendo sus ojos al Salvador.

«¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los poderíos!

»Mi alma codicia y desfallece por los atrios del Señor. Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo.

»Pues el pájaro halló casa para sí en donde poner sus pollos. Tus altares, Señor de los poderíos, Rey mío, y Dios mío.

»Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; por los siglos te alabarán.

»Bienaventurado el varón cuyo socorro es de ti; dispuso subidas en su corazón.

»Señor, Dios de los poderíos, oye mi oración; escúchalas, Dios de Jacob.

»Dios, protector nuestro, míranos y vuelve a mirar el rostro de Cristo.

»Porque mejor es un día en tus atrios, que millares. Escogí estar abatido en la casa de mi Dios, antes que morar en las tiendas de los pecadores.

»Porque Dios ama la misericordia y la bondad, el Señor dará la gracia y la gloria.

»No privará de bienes a aquellos que andan en inocencia; Señor de los poderíos, bienaventurado el hombre que espera en ti.»

Y se quedó en profundo recogimiento.

Después de algunos momentos de meditación, se levantó; estuvo quieto un instante, y luego, colocando los brazos hacia atrás, y agarrando con la mano derecha la muñeca de la izquierda, se puso a pasear a coños y mesurados pasos por la pieza, teniendo siempre fija la vista en el suelo.

—¡Pobre Miguel!...—exclamó poco después enternecido—.

Ha hecho este largo viaje sólo por ver a su leal, a su antiguo, a su único amigo, y éste, lejos de correr a su encuentro, se dispone a desgarrar su corazón, negándose a verle. ¡Ah!... Me tendrá por un ingrato... Pero no; no lo soy... La ingratitud es un defecto que nunca ha entrado en mi corazón... Lo quiero como le quería cuando nos comunicábamos nuestros goces y nuestras penas..., cuando, unidos íntimamente por los lazos más fuertes de la más sincera amistad, recorríamos juntos las calles y los paseos de la hermosa capital. ¡Ah!... ¿Por qué no viene solo?... Entonces yo volaría a sus brazos sin detenerme un sólo instante... Pero le acompaña Ma...

Y cual si el nombre que habían empezado a formular sus labios encerrase alguna idea funesta y dolorosa, se detuvo espantado, sin atreverse a terminarlo.

¿Por qué?

Lo diremos en breves palabras.

El Padre Enrique había sido militar.

Durante esa época sintió cautivado su corazón por una joven que reunía a su hermosura incomparable, todas las virtudes.

La joven, aunque le distinguía con su amistad, amaba a otro, y fué bastante sincera para confesárselo.

El hombre a quien María amaba, se llamaba Miguel, era primo de ella e íntimo amigo de Enrique.

Dotado éste de un corazón noble y generoso, lejos de tratar de disputar a su amigo el codiciado cariño de María, reprimió su amor dentro de su pecho, y siguió consagrándola en silencio, una pasión que alimentaba la esperanza, pero sin volver a importunarla con palabras amorosas.

Así continuó por algún tiempo alimentado con la lisonjera idea de que tal vez podría presentarse alguna causa que le hiciese dueño de aquella celestial mujer a quien idolatraba, hasta que, viéndola unirse a Miguel con el indisoluble lazo del matrimonio, se alejó de los combates buscando el remedio a sus penas.

Algún tiempo después vivió así, visitando de vez en cuando al venturoso matrimonio, que residía en una bella hacienda próxima a Guadalajara; pero convencido al último de que sólo obligaciones muy sagradas podrían hacerle olvidar una memoria que dominaba toda su existencia, tomó la firme resolución de separarse del mundo y de consagrarse a Dios.

Realizado su pensamiento, y obligado por su ministerio a permanecer en México, jamás volvió a ver a su amigo ni a la esposa de éste; y entregado a una vida austera y ejemplar, rompió todos los lazos que en un tiempo le atarían al mundo para contraerlos indisolubles con Dios.

Enrique, así como había sido en el siglo, modelo de militares, modestos, honrados y pundonorosos, fué después modelo de dignos ministros del Señor.

La oración, la caridad, todas las obras, en fin, que enaltecen al hombre y le acercan a su Salvador, eran practicadas constantemente por Enrique.

Y cuando alguna vez la débil naturaleza le traía a la memoria algún recuerdo de otra edad, su corazón se asustaba, y su mente lo rechazaba al instante como indigno y perjudicial.

He aquí el motivo por el cual resistía a la invitación de Pablo para ir a visitar a su antiguo amigo, y la causa de no haber querido acabar de pronunciar el nombre de María.

Pero dejémosle en su estancia entregado a sus reflexiones, y volvamos la vista hacia la canoa en que dejamos a nuestro meditabundo joven.

—Ya estamos «próximamente», señor amo—dijo el indio remero, dirigiéndose al individuo que conducía en su canoa, y que

no había pronunciado una sola palabra en la travesía—. Y parece que ha venido mucha gente a la función.

La persona a quien iban dirigidas estas palabras ni siquiera pareció oírlas.

Con la cabeza caída sobre el pecho y cruzado de brazos en la popa de la canoa, parecía un sér indiferente al mundo y viviendo sólo para meditar.

Poco después la canoa llegaba al embarcadero de Culhuacán.

El golpe dado por la ligera embarcación al chocar con las otras canoas, le sacó de sus reflexiones y le hizo ver que había llegado al pueblo.

—Ya está su merced servido—le dijo el indio, dejando de remar.

—Gracias, amigo—contestó el joven saltando a tierra y poniéndole una moneda en la mano—. Puede usted irse cuando guste.

—¿No le espero a su merced?

—No; me quedo.

—Está bien, señor amo.

—Una palabra: ¿Cree usted que el Padre Enrique esté en la casa en que suele hospedarse?

—No, señor amo; me parece que ahora estará en la función de iglesia.

—Está muy bien; adiós.

—Adiós, señor amo.

Y el joven se dirigió hacia el templo.

Las calles de Culhuacán estaban adornadas de millares de flores colocadas, de trecho en trecho, embalsamando con su aroma la templada atmósfera.

Las chozas de los indios, cubiertas también de flores y de verde enramada, revelaban el regocijo de la población entera, visitada en aquel instante por millares de indios de los pueblos comarcanos, y por muchas familias de la capital, que desde el día anterior habían llegado, con objeto de ver la original manera con que los indios celebran la Semana Santa.

Las torres de la iglesia y las gruesas paredes del atrio estaban adornadas con blancas colgaduras y gallardetes de diversos colores.

Un indio, con una gran rueda de cohetes artificiales, se hallaba fuera de la iglesia, pero próximo a la puerta, esperando la hora a propósito para dar fuego a la rueda.

Otro corría por en medio de la gente, llevando en los hombros un «torito», también de fuegos de artificio, que se

quemaba encima de él, con grande algazara de los concurrentes.

Preciso es haber asistido a esas fiestas, como he asistido yo, para conocer todo el entusiasmo que los indios tienen por las funciones religiosas.

Se puede decir que en este punto son fanáticos.

No hay para ellos, que tantos atractivos encierre, como el día destinado a festejar el santo del pueblo. Todas sus economías de un año, que tal vez han tenido ocultas bajo tierra, se destinan entonces a la compra de cohetes y castillos, velas de cera, cintas de colores, banderolas y gallardetes con que adornan el interior y exterior de la iglesia. Los puntos por donde ha de pasar la procesión los embellecen con arcos de frescas ramas, alternados con otros de olorosas flores; y enfrente de la puerta de la iglesia colocan un castillo artificial, que quemán después de la función, no sin que hayan precedido millares de cohetes voladores, varias ruedas de fuegos artificiales al elevar de la hostia, y algún «torito» hecho de tronadores cohetes, que lo quemá uno corriendo con él a cuestras, al son del tambor, y que tanto que reír da a los espectadores. Pero entre sus fiestas religiosas las que más llaman la atención son las que tienen lugar en la Semana Santa en ciertos pueblecillos de los alrededores de la capital, y a los que he concurrido muchísimas veces, y que ahora que nuestra historia nos encuentra en ellas, voy a describir con toda exactitud.

Antes de que llegue esta semana memorable en los anales de la cristiandad, los indios acuden a México a proveerse de todos los objetos que juzgan indispensables para dar a la función aquel brillo que a días tan remarcables corresponde. Lama de oro y plata de las más exquisitas labores; albas finísimas; caretas de cartón figurando las cabezas de los animales más espantosos; castillos artificiales; instrumentos de viento; estandartes de mil colores; penachos de vistosas plumas, todo lo compran y llevan de México con un placer que no lo cambiarían por ninguna otra felicidad del mundo. Por fin, brilla la deseada aurora del memorable Jueves Santo, y el rejado esquilón de la iglesia, que toca a vuelo, los cohetes voladores que se cruzan por la azulada esfera, la destemplada música de los indios que recorren las calles, la bulla de las indias que se asoman a las puertas de sus chozas; los gritos de los muchachos que, tremolando cada cual en la punta de una caña una bandera o un pañuelo, forman el vitor indispensable en tales fiestas,

y el gran número de canoas, que, cargadas de gente cortesana van llegando al pueblo, anuncian que la hora de dar principio a la función de iglesia está próxima.

Así, ni más ni menos, sucedía en Culhuacán en los instantes en que nos encuentra nuestra historia.

Nuestro meditabundo joven que acababa de saltar de la canoa, se dirigía a paso lento hacia la iglesia por en medio del gentío, sin fijar la atención en nada de lo que le rodeaba.

Grupos de individuos vestidos de fariseos, y cubiertos los rostros con caretas que imitaban cabezas de animales de los más feroces, cruzaban en todas direcciones hablando en alta voz y dando gritos descompasados.

Varios muchachos, los más descalzos y sin camisa, con un haz de cohetes voladores debajo del brazo y un tizón en la mano, se ocupan en despedir aquéllos al aire, produciendo una no interrumpida detonación que se unía al ruido de una charanga que precedía a un vitor de muchachos, semejantes a Adán en el vestido que, con largas cañas, en cuyas puntas tremolaba un trapo o un pañuelo viejo de algodón, recorrían el pueblo, dando extraordinarios gritos.

A éstos se unían las chillonas voces de las indias, que sentadas en las puertas de sus chozas, con una enorme olla delante de ellas, pregonaban con voz nasal: «aquí hay «tamates», mi alma, de chile, de dulce y de manteca; pasen, señoritas».

El callado personaje de que hemos hablado, caminaba por en medio de aquella nueva Babel, triste y pensativo, sin distraerse un sólo instante de sus meditaciones.

Abismado en éstas, que sin duda debían ser dolorosas, cuando en tan florida edad le obligaban a estar triste en medio de la alegría general, penetró en la iglesia, se quedó quieto en un punto, recorrió con la vista todo el templo como buscando un objeto, y no hallándolo, pronunció interiormente estas palabras:

—No está; esperaré.

Y se quedó de pie junto a la pila del agua bendita, volviendo la vista hacia la puerta para fijarla en cada individuo que entraba.

Cansado de esperar inútilmente, y queriendo, sin duda, hacer menos largo y penoso el tiempo, se puso a examinar la iglesia.

Era la primera vez que veía celebrar una función de aquellas en los pueblos de los indios.

Acostumbrado a las solemnes funciones de las grandes ciudades de México, de las cuales nunca había salido, y en

las que las fiestas de la Semana Santa se celebran con una pompa y gusto que puede competir con las que tienen lugar en la misma Roma, pronto llamó su atención lo que a su vista se presentaba en aquel pueblo de indios que, como todas las aldeas habitadas por los mismos, presentan costumbres enteramente distintas a las del resto del país.

El templo estaba adornado con millares de gallardetes, de vistosos colores, que colgaban de la bóveda, muchos de los cuales sostenían en sus puntas pintadas jaulas con lindísimos pájaros, de brillantes plumajes, que no cesaban de trinar un sólo instante.

Mil velas de blanca cera, en que estaban clavadas, de trecho en trecho, por ambos lados, y a distancia como de dos pulgadas, pequeñas pajas de bálago, con banderitas de hojas pan de plata y oro, ocupan todo el altar, guardando simetría con millares de naranjas, adornadas de la misma manera. Era admirable el efecto que producían a la vista los raudales de luz que vertían las adornadas velas sobre las temblantes banderitas de oro y plata; el brillante color que adquirían con los matizados reflejos de aquélla, las fragantes naranjas; el continuo oscilar de los gallardetes y las banderolas, halagados por el tenue viento que por la ancha puerta del templo penetraba, y el continuo gorjeo de los pintados pájaros que agitaban sus brillantes alas en las doradas jaulas, formaban un todo tan agradable, que no le es dado a mi humilde pluma encarecer suficientemente.

Nuestro joven apartó la vista del altar mayor, que brillaba como un río de oro y plata, bañado por los lucíferos rayos del naciente sol, para dirigirla por el resto del templo.

Allí tienen ustedes un número considerable de naranjos colocados en pintados barriles, frondosas ramas y vistosas flores, figurando el Huerto en que oró el Salvador del mundo. En medio de ese fingido Huerto se descubre de rodillas al inocente Jesús en actitud humilde y suplicante. Frente al púlpito se ostenta una mesa en que están sentados los jueces romanos, representados por verdaderos indios, vestidos por largas túnicas, entre los cuales, y ocupando un lugar principal, se ve a Pilatos, con grandes anteojos; personaje que generalmente lo desempeña la persona que entre ellos pasa por dotada de más talento; allí están todos ocupados en revisar, con el mayor afán, y haciendo ridículas gesticulaciones, el libro de las leyes para juzgar y prender al Salvador; junto a ellos se descubre a Judas, desempeñado por otro indio, que no cesa de sonar el bolsillo lleno de dinero en que había vendido al Divino Maestro, y dis-

puesto a ejecutar las órdenes que se le dicten, se ve a varios fariseos, personificados también por indios, disfrazados todos con caretas, imitando la cabeza de una serpiente, de un demonio, de un león o de un oso. Estos fariseos llevan en la cabeza cascos de cartón unos, de hojalata otros, y algunos de latón viejo, adornados con largas colas de gatos o de perros; en las manos llevan gruesas cadenas que arrastran por el suelo para hacer mucho ruido, y destinadas para ponérselas al Redentor en cuanto les den la orden de prenderle. Mientras los jueces y Pilatos se ocupan en hojear el libro de las leyes, y en dar sendos puñetazos sobre la mesa, como quien discute un asunto de los más serios, otro indio, que representa el ángel de que habla San Lucas que se le apareció al Señor para confortarle, y que estaba vestido con un alba vieja, puesta sobre unos calzones anchos, se dirige con una enorme copa dorada, de madera, al Huerto en que está orando el Hijo de Dios, y se la coloca en los labios para que beba.

En tanto que tiene lugar esa original pantomima, que nuestro joven contempla asombrado, el cura sigue predicando un sermón análogo a las circunstancias; mas viendo que se pasa el tiempo y los fariseos no van a prender a Jesús, interrumpe su discurso, y sonando las manos exclama:

—¿Hasta qué hora esperan para prender a Jesucristo? ¿No ven ustedes que ya hemos llegado al punto del prendimiento? ¡Van tres veces que les digo que le prendan, y nadie se mueve!

Entonces los fariseos, a una señal de Pilatos, haciendo gran ruido con las cadenas, corren al Huerto, guiados por Judas, el cual, acercándose al Salvador, le da un beso que suena como un cañonazo; mas no bien le ha dado el falso ósculo, cuando los fariseos se arrojan sobre Jesús, le cargan de cadenas y le conducen a la prisión en medio del llanto y de los gritos de dolor de todos los indios que están en la iglesia. Para que nada falte, por la tarde le sacan de la prisión, le conducen al atrio de la iglesia, y allí, como si realmente fueran judíos, azotan a nuestro Salvador.

Nuestro joven, que había visto todo aquello con gran asombro, y que casi se había olvidado del objeto que le había llevado a Culhuacán, se acordó de repente del asunto importante que le preocupaba, y dirigió la vista por segunda vez hacia el gentío que ocupaba el templo, buscando sin duda a una persona.

—No está—dijo al fin, interiormente—. Sin duda no sale

aún de casa, y en ella podré encontrarle; marchemos al momento.

Y nuestro personaje salió de la iglesia al pronunciar estas palabras.

Al cruzar una de las calles en que se entretenía la gente en ver quemar un «torito» de fuegos artificiales, se vió precisado a detener el paso detrás de una elegante señorita que, apoyada en el brazo de un caballero, marchaba delante de él, y cuyo rico traje revelaba pertenecer a la clase distinguida de la capital.

Nuestro joven, impaciente por llegar pronto a la casa del sacerdote Enrique, pisó involuntariamente el vestido de la esbelta señorita, la cual, como era natural, volvió hacia atrás el rostro.

El joven alzó los ojos para pronunciar una excusa, al mismo tiempo que la señorita fijaba en él los suyos; pero de los labios de aquél como de la bella, sólo salió, al reconocerse, una exclamación de sorpresa.

El personaje a quien hemos visto venir en la canoa, aterrorizado y sin formular una disculpa, desapareció entre el gentío, en tanto que la hermosa, pálida y temblando, se asió fuertemente del brazo de su compañero.

—¿Qué te pasa, querida Luz? ¿Qué tienes, que estás temblando?... ¿Quién es ese hombre que te ha hecho lanzar ese grito?... ¿Te ha robado algo?...—le preguntó el elegante que la acompañaba.

—No; nada me ha hecho—contestó la hermosa Luz, casi sin poder respirar.

—Pues, ¿qué te ha sucedido?

—¿No conoces a ese joven, querido Rafael?—le dijo la hermosa.

—No puse cuidado en su fisonomía. Pero, ¿quién es que así te ha conmovido?

—¿No te he contado la funesta historia de mi tierna amiga Enriqueta?

—¿Aquella virtuosa y bella señorita, que habiendo vivido en la opulencia, murió después de hambre y de miseria, al año de casada, mirando expirar a sus secos pechos al desgraciado fruto de su unión?

—Sí.

—¿Y qué?

—Que ese hombre..., que ese joven que acaba de desaparecer...

—¿Quién es?... Acaba.

—Es el mismo que, arrastrado por infames amigos al juego, perdió cuanto tenía, causando su muerte.

—¡Su esposo, Ernesto!

—Sí, su esposo Ernesto, que lleva pintados en el rostro el remordimiento y la desesperación. ¡Ah!... Su vista me ha hecho recordar a la tierna amiga de colegio, a quien amé como a una hermana, y cuya muerte lloro todavía.

—Tranquilízate, querida Luz—le dijo Rafael con la mayor dulzura—; compadezcamos a ese desgraciado, y no entristezcamos, con funestos recuerdos, estas horas que Dios se ha dignado conceder a nuestro amor.

—Tienes razón; no hemos venido de México a pensar en las desgracias de otros, sino en nuestra felicidad. Pero detengámonos un instante a esperar a papá y mamá, que vienen muy atrás.

—Sí, los esperaremos; se han entretenido en ver quemar el «torito»; y nos ha dejado venir muy a la vanguardia.

—¡Pobre papá!—exclamó Luz—. Después de tanto tiempo de destierro, todo le sorprende y le agrada con su familia. A tus recomendaciones y a tu influjo debe la libertad, y nunca nos habla de ti sino para elogiarte.

—Y ¿a quién, más que a mí, interesaba verle entre nosotros, que, con su llegada, alcanzaba la felicidad de unirme a ti para siempre?

—¡Ah!... ¡Qué dichosa soy!...

—Mas también es preciso que no nos olvidemos de la parte que para conseguir que le alzasen de su destierro, tomó mi amigo y compañero Willey.

—¡El doctor!...—dijo Luz, poniéndose pálida como la muerte.

—Sin duda; y por lo mismo que toma parte en todos nuestros goces, siento que te hayas empeñado en que no le convidásemos para que nos acompañase a ver esta función de pueblo.

—¿Te ha disgustado que yo suplicase que nada se le dijera?

—¿Disgustarme nada de lo que a ti te parece bien?... ¡Qué error, querida Luz! ¿Qué cosa puede haber para mí más grata que satisfacer tus más ligeros deseos?

—Lo sé.

—Pero, ¿qué daño nos podía haber causado la presencia de Willey, que tiene verdadero empeño en nuestra ventura?

—Estamos mejor solos; así hay menos testigos que nos incomoden y nos impidan hablar. Las personas que aman

necesitan estar solas para que los labios pronuncien sin reserva lo que siente y dicta el corazón.

Durante estos diálogos llegaron los padres de la joven, y todos juntos se dirigieron a la iglesia.

El desgraciado Ernesto, cuya vista tanto había sorprendido a la hermosa Luz, había atravesado, entre tanto, las calles que le separaban de la casa en que hemos visto al Padre Enrique, y penetraba en el zaguán, pronunciando estas palabras:

—¡Soy un infame, cuya vista causa horror a los que me conocen!... ¡El asesino de dos ángeles!... ¡De Enriqueta..., la mujer que tanto amé y a quien hice desgraciada, y de mi hija!... ¡Oh!... ¡El juego..., el juego me ha perdido! ¡Y, sin embargo..., el juego es mi pasión..., mi delirio..., mi existencia!...

Y subió de dos en dos los peldaños de la escalera.

La fiesta, entre tanto, seguía en el pueblo.

La detonación de los cohetes se escuchaba a cada instante. Los gritos de los muchachos y el murmullo del inmenso gentío que llenaba las calles, penetraba en todas partes.

El joven llegó a la puerta de la habitación del Padre Enrique, con inquietud.

En su oído resonaba aún el grito de horror lanzado por la hermosa Luz, la tierna amiga de su desgraciada esposa.

La puerta estaba cerrada y se detuvo un instante sin atreverse a llamar.

La voz del sacerdote que rezaba dentro, se escuchaba confusamente.

Ernesto se estremeció.

—¿Qué voy a hacer?—dijo para sí, temblando—. Este sacerdote es la virtud personificada... ¿Cómo, pues, atreverme a...

Y no pudo continuar.

La voz del ministro del Señor llegó clara a su oído, pronunciando estas palabras, del libro de los Proverbios:

«Teme a Dios y apártate de lo malo.

«No te deleites en las sendas de los impíos, ni te agrade el camino de los malos.

«Huye de él, y no pases por él; desvíate y abandónalo.»

Ernesto se sintió conmovido.

Un estremecimiento horrible sacudió sus miembros.

Es que si había perdido en el juego sus sentimientos humanos, no había perdido aún la conciencia.

Una secreta voz, con que Dios avisa al pecador, le hizo avergonzarse de su pasado, y le obligó a titubear.



Sin embargo, este toque divino fué instantáneo.  
—¿A qué esta cobardía ridícula?...—exclamó, después de un instante de indecisión—. El Padre es rico... Yo necesito dinero... ¡Oh..., lejos de mí, ridículos temores!

Y animado con estas palabras, tocó a la puerta.

—Adelante—contestó desde dentro el Padre Enrique, dejando de orar y poniéndose en pie.

El que llamaba abrió la puerta y se quedó en el umbral.

El sacerdote fijó la vista en el que entraba, y exclamó sorprendido:

—¡Ernesto!

## CAPITULO XVI

### Proyecto infernal

Las ocho de la noche acababan de dar en el reloj de la alta torre de la Catedral de México.

Las últimas vibraciones de las campanas que daban la plegaria de ánimas, espiraban en la lúgubre habitación de una calle situada junto al hospital de Jesús Nazareno.

Sobre una mesa cubierta con un tapete oscuro, se veía el esqueleto completo de un cuerpo humano, dos calaveras de diferente tamaño, algunas canillas amarillentas, varias obras de medicina, una cajita abierta con instrumentos de cirugía, varios pomos con píldoras y polvos, un fintero de latón y un candelero con una gruesa vela que despedía una opaca luz sobre aquellos tristes despojos de muerte, que estaban revelando la miseria de la humanidad y lo fugaz de la existencia.

En las paredes de aquella lúgubre estancia, en que reinaba un profundo silencio, en vez de vistosos y agradables cuadros, se veían figuras iluminadas para el estudio de anatomía, varios dibujos mostrando los complicados tejidos del cuerpo y un curioso aparato en que se observaba la circulación continua de la sangre en el cuerpo humano.

Cualquiera, al penetrar en la estancia que nos ocupa, conocía que aquel sitio era el gabinete de un médico.

En medio de tantos objetos que recordaban al mortal el término de su vano orgullo y necia vanidad, se encontraba meditabundo un hombre, sentado junto a la mesa, puesto el codo sobre ella y apoyada la cabeza en la palma de la mano.

Una larga bata de grandes flores amarillas dejaba apenas ver un pantalón de casimir café, de cuadros negros, y unas chinelas bordadas que calzaban un pie ancho y mal formado.

Una gorra griega con abultada borla encarnada, cubría su cabeza, y una corbata alta negra, envolvía su corto y grueso cuello.

En la mirada de este hombre y en su fisonomía estaban pintadas la impaciencia y la inquietud.

En su torvo ceño y encapotada frente, se reflejaban un carácter impetuoso y la fiereza de un alma dominadora.

Después de haber permanecido largo rato quieto y meditabundo, dejó su actitud pensativa, hizo un movimiento de impaciencia, dió un golpe con la mano sobre la mesa, y se puso en pie pronunciando estas palabras:

—¡Oh!... ¡Me desespera el esperar!

Y se puso a pasear por la estancia a largos pasos.

De repente creyó escuchar ruido, se detuvo mirando hacia la puerta.

Al poco rato se abrió ésta, dando entrada a uno de los extranjeros, que vimos con Willey en el Puente de la Leña.

—Creí que ya no venía usted hoy—dijo el que había estado esperando, estrechando la mano del que entraba.

—Recibí el recado de usted, en que me suplicaba viniese, pero me ha sido imposible venir antes, doctor.

—¿Ha estado usted ocupado?

—Y mucho; como que he tenido que comprar las provisiones de boca para llevárnoslas al desierto en que vivimos y trabajamos.

—Y ¿cuándo es la marcha?

—Dentro de pocos días. Sabe usted que me detuve por la herida del señor Duval, que tan cerca se ha visto de la muerte; pero hoy que parece que está fuera de peligro, debo acudir donde me llaman los intereses de nuestra secreta sociedad.

—Aun no le veo yo fuera de peligro.

—¿Es posible?

—La herida fué muy profunda y en sitio muy noble, y cualquier cosa puede serle de funestas consecuencias.

—¡Malditos amores!

—Mil veces le he dicho que pueden sernos fatales.

—¿Usted?

—Yo.

—Pero, ¿qué precio puede hacer de lo que usted le diga,